

mos del gesto y por los imperios y fuerzas del verbo. Isnard comenzó entre burlas y chacotas. Como dijese que se dirigía en su discurso al Congreso entero, y por la imperfección del cuadrado local donde semejante Congreso se reunía, no viese, sino la mitad, los interruptores le dijeron esto con gracia y le ridiculizaron poniendo como contraste gracioso su aislamiento y sus generalizaciones. Tras tamaño entuerto dirigió al Congreso impacientísima pregunta en espera de inmediata respuesta. El presidente le observó que no se pregunta sino á quien puede responder y el Congreso no responde sino por votaciones después su haber largamente deliberado. Nuevo fracaso por consecuencia del orador novel y tras de fracaso nuevas risas del auditorio. Inquieto é indócil, confuso y desconcertado, como discípulo de retórico sobrecojido en cualquier inesperado renuncio, Isnard, para excusarse, á guisa de un escolar desaplicado, expuso que aquello no era pregunta, que aquello era tropo. Nuevas risas tras nuevos tropiezos. La naturaleza humana es así. Cuando caéis para no levantaros, llora. Cuando caéis y os levantáis en seguida, ríe. No pudiendo sobreponerse á su complexión de inexperto escolar, el orador, se dirigió al Presidente con voz de niño acusón y delató á los compañeros, que según él decía, le llamaban gárrulo y charlatán. Cuando terminaron las burlas sin desconcertar al orador, tuvo este largo camino andado en su pro. Condorcet proponía términos medios; Isnard exclamaba que si no procedía el Congreso contra los príncipes, la opinión creería en sus justas sospechas que se los perdonaba entonces, siquier fueron culpados, porque eran príncipes. Tal supuesto es injurioso, gritó un lado del Congreso. Pero de aquellos sacaba Isnard la fuerza. Viéndole impasible, admiráronle valiente; aunque no se interesasen al pronto por su inteligencia, se interesaron por su voluntad. Hemos destruido la nobleza, dijo Isnard, pero su alma en pena vuelve, y asusta á los pusilánimes como si fueran fantasmas nocturnas de aldea inocente. A esta comparación el auditorio se rindió y púsose á escuchar. Hacerse dueño de un auditorio enemigo es el triunfo de los triunfos parlamentarios. Y aunque adoleció de tres equivocaciones, al suceder un profundísimo silencio á un escandaloso estruendo, el orador quedó posesionado del auditorio y este auditorio sometido al orador. Ya no encontró, pues, limitación éste á sus inspiraciones; ni aquél reservas á su entusiasmo. Mientras difundía el orador ideas, semejantes á centellas eléctricas, que iluminaban el entendimiento colectivo de la Cámara con su resplandor y conmovían los nervios con su magnetismo, iba formándose como por condensaciones etéreas de tanta irradiación un espíritu nuevo que generaba un pensamiento nuevo también. La Cámara comprendía que se hallaba en el caso de aplicar al crimen cometido por los emigrados, uniéndose con los extranjeros contra la patria, un riguroso y lógico principio de justicia.

La cólera del pueblo, decía Isnard, no es más que un complemento de la justicia del cielo. La cólera de Dios habla, si calla la ley. Si queremos vivir libres, necesitamos que la ley, sí, la ley sola, nos gobierne, y que su voz fulminante resuene así en el palacio de los

grandes, como en el chozo de los pobres. Inexorable, como la muerte, no debe distinguir de clases ni entender de privilegios. Un pueblo libre no debe perdonar nunca las conspiraciones contra su libertad. Cuando los galos escalaran cierta noche inolvidable las rocas del Capitolio Manlio, despertado al clamor inconsciente de los patos capitolinos, puestos allí en culto á los dioses, combatió los terribles asediadores, precipitándolos en el abismo, y redimiendo así de un daño cierto la República romana. Y este Manlio, salvador de aquella sociedad, fué acusado ante la conciencia pública de sospechoso, por ciertas propensiones á la tiranía, seguidas de atentados á la romana libertad. Inútilmente presentó el acusado, al presentarse á juicio y dirigirse á los tribunos de la plebe aquella, el recuerdo de sus victorias y el trofeo que las recordaba: pulseras áureas, coronas cívicas, despojos allegados en guerras con enemigos formidables, diademas de oro arrancadas á las sienes del contrario, si Rey era, el pecho acribillado de cicatrices, el recuerdo de haber salvado la Ciudad Eterna en los asaltos al patrio Capitolio. Nada importó á sus jueces todo esto: lo condenaron y, después de condenado, lo impelieron al abismo desde lo alto de la roca, donde había salvado, en lucha desigual, de los galos, á su madre Roma. Hé ahí un pueblo digno de ser libre. Isnard, en estos arrebatos, dichos con el desorden de la inspiración y con el natural abandono de un genio dotado con la seguridad de sí mismo, rebasó casi el conocido límite de sus facultades y condensó en su discurso el espíritu é idea de la Cámara. Parecía su voz la del pueblo todo fulminando su ira sobre la frente de los traidores. Le admiraron primero sus colegas y después le siguieron. Convenció los entendimientos con sus razones, y luego persuadió los ánimos al hecho correspondiente con las creencias. El proyecto de Condorcet sobre la emigración fué deshechado. Y, mientras tanto, los odios á la emigración iban creciendo, porque las potencias monárquicas se mostraban cada día más enemigas de la Francia revolucionaria. Unas, como Suecia, urdían invasiones por costas francesas, y bloqueos de franceses mares. Otras, como Rusia, enviaban sus embajadores, no al París de la Legislativa, no, al Coblentz de la emigración. Los Borbones de España, tan franceses como los Borbones de Francia, mantenían contra este gran Estado la misma convención ó pacto de familia mantenido por América y su República del Norte. Prusia y Austria, enemigas irreconciliables durante largos siglos, se reconciliaban y unían sin empacho contra la revolución y sus progresos. Algún gobierno llegó á devolver, sin abrir, el pliego donde constaba la notificación del nuevo estado político y del nuevo Código fundamental. A tales provocaciones, inspiradas todas por la emigración, debía el conminado y malherido Congreso contestar infligiendo castigos á los rebeldes ó cómplices de los extranjeros, y asegurando ante las coaliciones de éstos, que se hallaba el pueblo francés resuelto á pelear hasta morir, antes que deponer sus sacrosantos derechos. Así les pareció poco á los verdaderos patriotas el pensamiento de Brissot contra los emigrados, imponiendo una contribución, triple de la cargada sobre los bienes de los demás ciudadanos, á sus bienes; y el

proyecto de Condorcet llegando hasta el secuestro de los bienes, pero con el más estricto respeto á las personas, obligadas tan sólo al juramento cívico de observar y obedecer la Constitución. El discurso de Isnard arrastró los ánimos en contra de tales dulcedumbres, y movió los nervios, como esos simounes del Africa que pasan abrasadores por Provenza, su patria, y por Andalucía. El escalofrío prestado á las fibras por todo verbo sublime; la corriente magnética que sacude las redes nerviosas y acera los músculos; el calor de la inteligencia que mueve la voluntad; tales elementos juntaron Asamblea y público en un sólo espíritu, y decidieron el condigno castigo de la infame y traidora emigración. El pensamiento de oposición al dicho de que la indulgencia es compañera de la fuerza, exaltó los ánimos; la congruente afirmación de que no debía el pueblo desarmarse, mientras se armaban los Reyes; aquella frase magistral de que no dormía el despotismo y, si Francia descansaba en el fiador de una seguridad imposible, se levantaría encadenada; las imprecaciones al cielo pidiéndole sus rayos para exterminar en el mundo á los enemigos de la libertad, consiguieron estas resoluciones: que se conminase á Luis Estanislao Borbón para su próximo regreso, advirtiéndole que, si allende un mes lo debilitaba, perdería sus privilegios de príncipe y sus derechos constitucionales á la regencia; que si los emigrados no cumplían este mismo deber cívico de habitar sus hogares propios en un término prudencial se les perseguiría como reos de lesa patria, y se les condenaría, sin remisión, á muerte; que los encubridores y cómplices incurrirían en las penas señaladas por el derecho común al encubrimiento y á la complicidad, caso de ser habidos; y que, para los primeros días de Enero del noventa y uno, se abriría el supremo tribunal de justicia, convocado á cumplir todas estas disposiciones y aplicar en lo posible á la rebelión y á los rebeldes el condigno castigo por su culpa. Cada disposición de éstas era un paso más dado al rompimiento y guerra entre los pueblos libres y los Reyes absolutos.



CAPÍTULO CUADRAGÉSIMO-OCTAVO

Guerras y revoluciones religiosas.

OR estos días pasaba en el Palacio de los Reyes una escena reveladora del punto á donde habían ido las pasiones religiosas, y del extremo desorden á que habían arrastrado aquella sociedad las opuestas intensísimas ráfagas de tan exaltados afectos. Eran altas horas de la noche y dormía París, como decimos en lenguaje familiar nosotros, á pierna suelta. Las Tullerías no estaban, por lo menos en el interior, vigiladas, durante los meses aquellos del continuo ir y venir y observar usuales en los enemigos de la realeza. El Rey, como contaba fuera del Palacio con una guardia suya, que le habían decretado las cortes, y el compuesto de realistas, á su vez contaba dentro del Palacio con criados amigos. Sin embargo, en el cuarto de Antonieta se notaba recelosa grande actividad y lucían velas recién avivadas como si la media noche no hubiera ya pasado. Según los preparativos hechos, las precauciones tomadas, el aire de preocupación y embargo de los dos únicos personajes de aquel drama, la Reina y madame Campan, diríase que se trataba de poner por obra en seguida cualquier plan entre los muchos proyectados para las regias fugas por las gentes. Y no se trataba de tal cosa. Tratábase de un acto religioso, concebido por las dos mujeres, y cercano á su realización, huyendo, contra las órdenes del Congreso, á las misas de los clérigos juramentados, impuestas por las leyes políticas á sus devociones, y buscando las misas de los clérigos ortodoxos, impuestos por las devociones propias á sus respectivas conciencias. Entre dos y tres de la madrugada, precediéndolas un paje con tenue vela de

CAPILLA ALFONSEINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. U.